

mayores y más raros excesos sus concurrentes y que terminaban siempre en desenfadada orgía, especialmente en las rurales. En medio de su júbilo se esforzaban en imitar y caracterizar a los personajes compañeros del dios del vino, se untaban la cara con el mosto y cubrían su cuerpo de pieles de macho cabrío (*tragos* en griego), de donde tomó nombre la tragedia, como veremos.

Reuníanse todos alrededor de la estatua de Dionisios, danzando cojidos de las manos y formando círculo, como en nuestras sardanas, y coreando diversos himnos en honor de la divinidad. Andando el tiempo, y por evolución natural, fueron poco a poco celebrados, en estos himnos, los héroes más estimados y conocidos del pueblo, a los que se les honraba con honores casi divinos. Entonces el corifeo, o director del coro, representaba él mismo a estos personajes, y el himno entonado en honor de ellos adquirió una forma dialogada, en todo lo cual no es difícil adivinar el embrión de lo que más tarde debía ser el teatro griego.

Estos himnos ofrecen un entronque con la poesía métrica, que entonces (en los siglos VII y VI a. de J.) había alcanzado su mayor desarrollo y perfección, y con las fiestas religiosas, en donde propiamente hay que ir a buscar su cuna. También nacía nuestro teatro nacional de lo que llamaríamos exuberancia del culto, tan característica de los finales de la Edad Media.

Con todo, no puede decirse formado completamente el teatro griego hasta la aparición de Tespis. Nacido hacia el 580 en la Icaria, recibió sin duda notable influencia de los maestros de Sicione, ciudad que celebraba con particular esplendor el culto diónisíaco, y que por esto puede llamarse patria de la tragedia. Dotado de gran talento inventivo, modificó la forma tradicional y consuetudinaria de los cantos trágicos, introduciendo un actor desligado del coro y diferente del corifeo y parte de la acción. Era su oficio responder a las diversas preguntas del coro, por lo que se llamó *hypocrités*. Fué, sin duda, un paso decisivo para el desarrollo del drama, pues con ello adquirió una mayor extensión, tomó más va-

riedad de formas y matices, y se ayudaba en gran manera el poder caracterizar los diversos personajes y situaciones. La acción y el asunto pudieron desarrollarse, al quedar facilitada la introducción del carácter narrativo, que por lo que se puede desprender fué ayudado con la admisión del contestador o respondiente. Al mismo tiempo, se daba nacimiento al diálogo. En otras palabras, Tespis había transformado el ditirambo, que se llamó desde entonces tragedia. No conservó por mucho tiempo el vestuario de los cantores en sus producciones, si bien no pudo prescindir de ellos por de pronto, por ser muy del agrado de aquellos espectadores; pero más tarde se vestía el coro con los ropajes que la representación requería.

Tenemos, pues, el drama trágico formado por allá el año 550 a. de J. compuesto de un coro y un solo actor, que a la vez era héroe, criado y señor, según como lo pedía el papel. De las obras de Tespis, sólo conocemos los nombres, pues todos los originales se han perdido. Así, sólo sabemos que escribió o compuso «Los cantos fúnebres de Palias», «Los sacerdotes», «Los jóvenes»... Representaba sus dramas en las fiestas diónisíacas, para lo cual se trasladaba con su famoso carro, unos días antes de la fiesta, y lo arreglaba de manera que pudiera servir de escenario; lo decoraba según la índole de la obra, y en la plaza pública, haciendo él mismo de actor e intérprete, las representaba; en conjunto era esto muy sencillo, pero por su novedad fué muy del agrado del pueblo, y es natural que su éxito fuera grande y rápido.

Entre los continuadores de Tespis merecen mención especial Kerilo y Frinico.

Del primero, son tan pocos los datos que tenemos, que ni el nombre de sus obras se ha conservado; parece probable que perfeccionara la indumentaria de los actores y las caretas. Algo más podemos decir de Frinico. Suidas nos dice que fué vencedor en el concurso de tragedias celebrado en la Olimpíada 67 (512-509 a. de J.); y Plutarco, que ganó otro concurso en el año 476. Fué, sin duda, el poeta trágico más brillante de su época. El citado Suidas le considera como